



Bernardo Monteagudo

El siglo XIX y la Revolución

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

El siglo XIX y la Revolución (1)

La historia del siglo XVIII comparada con las edades precedentes, hace ver en las empresas del género humano un carácter de intrepidez y un grado de perseverancia, de que no se encuentra ejemplo aun en los tiempos fabulosos. Algunos pequeños puntos de las partes que forman el antiguo mundo, presentaban alternativamente un cuadro que probaba la existencia de una raza intelectual en el planeta que habitamos: pero en el resto de la tierra, apenas podía inferirse la identidad de nuestra especie por la semejanza de las formas exteriores. Las artes de los fenicios, la cultura de la Grecia y la sabiduría de Roma, fueron a su turno una sátira contra las demás naciones, que al mismo tiempo no eran sino grandes hordas de salvajes. Aun después del renacimiento de las ciencias en el siglo XV, su esfera no se extendía más allá de los límites a que pudo alcanzar el influjo de León X y de Francisco I. Es verdad que desde entonces se principiaron a difundir las luces en el mediodía de la Europa; pero el movimiento intelectual no se generalizó en ella, ni se comunicó a las demás partes del mundo dependientes de su poder en fuerza del sistema colonial, o de sus relaciones de comercio, sino hasta el siglo que precede.

En él se ha abolido por una convención de todos los pueblos que forman la gran familia europea el antiguo monopolio de los conocimientos científicos y desde las inmediaciones del círculo ártico hasta los montes Pirineos, se han hecho experimentos más o menos felices en las ciencias físicas y morales y se han deducido consecuencias prácticas, cuyo influjo sobre la felicidad del género humano aún no se han acabado de sentir. La Europa y la parte septentrional de América han producido un gran número de genios sublimes que han osado interrogar a la naturaleza sobre sus leyes eternas, precisándola a explicarlas con exactitud. Al empezar el siglo XIX casi toda la atmósfera del mundo moral participaba ya de las luces que había difundido esa brillante constelación de genios que apareció en el anterior. La progresión de las ideas debía ser en razón del impulso que había recibido el espíritu humano, que, puesto una vez en movimiento por todas partes, la resistencia y las dificultades no hacen sino doblar su energía.

Mas como el objetivo de las ciencias es hacer conocer al hombre sus verdaderas relaciones con cuanto existe, las ventajas que puede derivar de la gran masa de seres organizados y los medios de obtenerlas, es imposible que sus adelantamientos vengan acompañados de revoluciones políticas, que son los anuncios naturales de haber llegado el momento en que un cuerpo social descubre que hay otras instituciones capaces de hacerlo más feliz y se siente ya en actitud de vencer los obstáculos que se le presenten.

La Europa había dado algunos ejemplos parciales de haber llegado a este período y era natural que la América del Norte cuya civilización estaba más adelantada en el Nuevo Mundo, fuese la primera que lo secundase. En 1765 la colonia de Massachusetts mostró a las demás el camino que debía seguir. El Congreso de diputados reunidos en Nueva York

abrió el templo de Jano y la libertad dio el primer grito en el hemisferio que descubrió Colón, la guerra se emprendió y se sostuvo con heroicidad por los oprimidos y con pertinacia por los opresores, hasta que el 4 de julio de 1776 las trece colonias unidas se declararon libres e independientes del poder británico. La historia de los grandes acontecimientos no nos recuerda un hecho que haya dejado impresiones más profundas, ni que haya puesto en más agitación a los hombres que piensan sobre la naturaleza de sus derechos.

Aunque el gobierno español hubiese podido levantar en aquel mismo día alrededor de sus dominios una barrera más alta que los Andes, no habría extinguido el germen de la grande revolución que se preparaba en Sud América. No se crea por esto que el despotismo de tres siglos era la causa que debía producirla: la esclavitud humilla pero no irrita, mientras el pueblo ignora que la fuerza es el único derecho del que le oprime, y sabe que la suya es demasiado débil para resistirla. Pero luego que conoce la violencia, piensa en los medios de oponerse a ella y la revolución sucede aun antes que nadie lo sospeche. Desde entonces ninguna injuria es indiferente, el menor acto de opresión ofende a todo el pueblo, cada uno siente como suyos los agravios que recibieron las generaciones precedentes, cualquier acontecimiento notable sirve para romper el primer dique, hasta que al fin estalla la insurrección y el entusiasmo de la libertad es la triple coraza de hierro con que se arman todos para entrar en el combate.

La América española no podía sustraerse al flujo de las leyes generales que trazaban la marcha que deben seguir todos los cuerpos políticos, puestos en iguales circunstancias. La memorable revolución en que nos hallamos fue un suceso en que tuvo parte la casualidad: la opresión había perdido el carácter sagrado que la hacía soportable, y las fuerzas de un gobierno que se halla a dos mil leguas de distancia, envuelto en las agitaciones de la Europa, no podían servir de barrera a un pueblo que había hecho algunos ensayos de su poder.

Pero tal es la economía de la naturaleza en todas las cosas, que es imposible separar los males de los bienes, ni obtener grandes ventajas sin grandes sacrificios. En los diez años de revolución que llevamos, hemos experimentado calamidades y disfrutado de bienes que antes no conocíamos: el patriotismo ha desarrollado el germen de las virtudes cívicas, pero al mismo tiempo ha creado el espíritu de partido, origen de crímenes osados y de antipatías funestas: nuestras necesidades se han aumentado considerablemente, aunque nuestros recursos sean inferiores a ellas, como lo son en todas partes; en fin, todo prueba que hemos mudado de actitud en el orden social y que no podemos permanecer en ella, ni volver a tomar la antigua sin un trastorno moral, de que no hay ejemplo sobre la tierra.

A nadie es dado predecir con certeza la forma estable de nuestras futuras instituciones, pero sí se puede asegurar sin perplejidad que la América no volverá jamás a la dependencia del trono español. El creer que algunos contrastes en la guerra o bien sean las vicisitudes inherentes al egoísmo o las cobardías y los deseos de nuestros actuales gobiernos produzcan a la larga el restablecimiento del sistema colonial, es una superstición política, que sólo puede nacer de un miedo fanático o de una ignorancia extrema. El león de Castilla no volverá a ser enarbolado en nuestros estandartes, no, no... Sean cuales fueren los presentimientos de la ambición o de la venganza, nosotros quedaremos independientes, tendremos leyes propias que protejan nuestros derechos, gozaremos de una constitución moderadamente liberal, que traiga al industrioso extranjero y fije sus esperanzas en este suelo. No pretendemos librar nuestra felicidad exclusivamente a una forma determinada de gobierno y prescindimos de la que sea: pero estamos resueltos a seguir el espíritu del siglo

y el orden de la naturaleza, que nos llama a establecer un gobierno liberal y justo. Conocemos por experiencia los males del despotismo y los peligros de la democracia; ya hemos salido del período en que podíamos soportar el poder absoluto y bien a costa nuestra hemos aprendido a temer la tiranía del pueblo, cuando llega a infatuarse con los delirios democráticos.

Los que observan el curso de nuestra revolución así en América como en Europa, han juzgado casi siempre nuestra conducta con simpatía o con odio, con exageración o con mengua; algunas veces con un fuerte interés de averiguar la verdad, pero muy poco con la idea de analizar el origen, tendencias y progreso de la revolución. Se ha declamado contra los errores de nuestros gobiernos, contra las pasiones y antipatías locales de los pueblos, contra los abusos del poder y contra la inestabilidad de nuestras formas; en fin, contra todo lo que hemos hecho y al momento se ha deducido como una consecuencia necesaria, que nuestros esfuerzos eran inútiles y que debíamos sucumbir en la lucha. Otros han elogiado con entusiasmo los sacrificios de los pueblos, victorias de nuestros ejércitos, los reglamentos de varios gobiernos y algunos resultados felices de sus empresas, concluyendo de todo que nos hallamos en estado de recibir una constitución tan liberal como la inglesa o la norte-americana: los primeros y los últimos se han equivocado notablemente, por falta de un análisis político de nuestra situación. Ni hemos de sucumbir en la empresa, ni podemos ser tan libres como los que nacieron en esa isla clásica que ha presentado el gran modelo de los gobiernos constitucionales; o como los republicanos de la América septentrional, que educados en la escuela de la libertad, osaron hacer el experimento de una forma de gobierno, cuya excelencia aún puede probarse satisfactoriamente por la duración de 44 años.

Nuestro plan es evitar ambos extremos, aplaudiendo lo bueno o lo mediano sin exageración y censurando lo malo sin trasportes de ánimo: señalaremos con doble esmero los sucesos que pueden acelerar o retardar la marcha de nuestra revolución o más bien el término de nuestra incertidumbre; y si nuestros ensayos analíticos no son dignos del objeto que nos proponemos, al menos probarán que tenemos resolución para emprenderlo todo, cuando se trata de contribuir a la grande obra de la independencia nacional.

(1) "El censor de la Revolución", Santiago de Chile, Imprenta de Gobierno. 4° a dos col.: prospecto y 7 núms; salió el núm. 1° el 20 de abril de 1820, y el último el 10 de julio del mismo año: cada núm. con paginación aparte, y en todos 22 hojas. Todo este periódico de punta a cabo pertenece a la pluma de Monteagudo. Sus artículos más notables son los que, bajo el título de "Cuadro político de la Revolución", salieron en los siete números. Los demás artículos, muy cortos y con un marcado carácter de actualidad, no ofrecen el interés que aquél. - "Noticias transmitidas por el señor Luis Montt, de Chile".

(El Censor de la Revolución , abril 30 de 1820.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

